

das las fuerzas! ¡Qué anarquía en las ideas y en los sentimientos! Unos demandaban órdenes que no podían darse; otros atribuían desgracias ocasionadas por su propia torpeza á las faltas de la dirección militar. Por esta puerta entraba uno vomitando injurias; por aquella puerta otro con los puños crispados ó las pistolas amartilladas amenazando de muerte. Según la antigua usanza francesa atribuían á sus jefes los propios errores y las consecuencias inmediatas de estos errores. Las llamas que devoraban la Casa de la Ciudad le sobrecogieron de pronto, y debió dudar si moriría allí ó en otra parte, según lo que en semejante infierno permaneció. La undécima circunscribeion fué el escollo último donde se acogieron los naufragos de la Comunidad revolucionaria. Allí vencidos, acorralados, mirándose unos á otros con recelo; heridos estos, ensangrentados aquellos, puestos todos en el potro del tormento; los unos, contando con los medios de perpetuar una vida todavía grata, todavía esmaltada de ilusiones y henchida de esperanzas, los más desesperados llamando en su dolor como asilo único á la muerte; ninguno en realidad comprendía cómo sus demencias, su desconocimiento de la realidad, sus palabras violentas, su fiebre revolucionaria, su saña contra los hombres más autorizados de la democracia habían traído el fúnebre desenlace de tan larga tragedia. Aquí la injuria, allá la sospecha; las órdenes más contradictorias cruzándose y perdiéndose en el escrespamiento general de las pasiones; los vencidos renegando del instante en que idearon la empresa, y retorciéndose en la más exaltada desesperación y en el dolor más acerbo. Entre aquella tempestad de injurias; señado unas veces sobre barriles de pólvora, apoyada la frente otras veces en amontonadas barricadas de petróleo; recibiendo ya un fugitivo, ya un herido, ya un aspeado; mirando como poco á poco desaparecían los últimos naufragos en la deshecha tormenta; ambos ojos en el sue-

lo, ambas manos crispadas; pálido y rígido como la muerte, las ojeras hasta los pómulos, las antiguas arrugas del rostro convertidas en verdaderos surcos, Delescluze decidía en su mente ya la resolución suprema de un verdadero sacrificio, de un necesario suicidio. De pronto le anuncian que los rehenes recogidos por la Comunidad acaban de ser fusilados á las puertas de las cárceles. Su palidez se vuelve lívida como el color de un muerto ya enterrado, y levantando los ojos al cielo, exclamó: ¡Cuántos muertos! ¡Qué guerra! Vamos á demostrar que también nosotros sabemos cuando nos toca morir.

El jueves veinticinco, antes de caer la tarde, tras largas horas de combate, decidió consumir el sacrificio. Acercóse á la mesa de la alcaldía y trazó dos cartas, la primera á un su amigo, la segunda y última á su hermana. Esta debe ser conocida, por lo triste, y por lo suprema.

«Hermana mía:

«No quiero, no puedo servir de juguete ni de víctima á la reacción victoriosa.»

«Perdóname si me voy antes que tú te vayas, tú, que me has consagrado toda la existencia.»

«Pero no me siento con las fuerzas necesarias á soportar esta nueva derrota después de tantas otras.»

«Te abrazo con toda la efusión de mi amor. Tu recuerdo será el último que visitará mi alma al entrar en el reposo eterno.»

«Yo te bendigo, queridísima hermana mía, yo te bendigo á tí que fuiste mi única familia después de la muerte de nuestra pobre madre.»

«Adios, adios. Te abrazo todavía.»

«Soy tu hermano que te amará hasta el último instante.»

«A. Delescluze.»

Escrito este último codicilo, tomó con lentitud y solemnidad el camino de la muerte. Había cuidado mucho de su persona como para demostrar que en el francés más cato-

niano queda algo siempre del antiguo ateniense. Iba vestido de negro, ceñida á la cintura su banda roja y sin armas. Bajaba hácia Chateau d' Eau, cuando encontró unas parihuelas que trasportaban al escritor Vermorel herido y moribundo. Esta nueva víctima de aquella desgraciada revolución le afirmó en sus resoluciones, y le movió á desear con más vivo deseo una próxima muerte. Al llegar ya cerca del peligro supremo, dió con algunos oficiales comuneros, que huían de las tropas, y que le incitaban á imitar su ejemplo. Delescluze les apretó á todos las manos como quien se despide para un largo viaje. A la esquina de la calle de Voltaire subió, tranquilo, con majestuoso continente, á pié firme, sonriendo á la visión de la muerte, las escalas de una barricada sobre la cual llovían plomo derretido los obuses. Cayósele el sombrero al subir y mostró desnuda su blanquísima cabeza. El sol poniente la rodeó de misteriosos reflejos semejantes á la aureola que rodea en los cuadros litúrgicos la cabeza de los mártires. Apenas había subido cuando ya estaba acribillado de balas, desplomándose de la altura como si le hubiera tocado un rayo. Era ya de noche y su cadáver estaba todavía sobre las piedras al pié de las barricadas. Dos casas ardían como las antorchas fúnebres de aquel ciclópeo catafalco bajo el que yacía este gran muerto. Un madero encendido rodó sobre su cuello y le quemó las carnes. Al día siguiente le encontraron sobre un montón de escombros, ensangrentado de su propia sangre, ennegrecido del humo de los incendios, un bastón al lado, su nombramiento de delegado á guerra en el bolsillo del pantalón, un reloj de plata y algunas monedas en el chaleco, sereno el rostro como si, al morir, realizara un supremo deber. Muerte estóica la suya comparable á la de Bruto y á la de Catón; pero estéril, completamente estéril á la libertad y á la República.

Continuemos por esta calle de amargura.

Ferré y Rossel cayeron pronto en manos de sus enemigos. Los dos debían ser fusilados en los campos de Satory. El delegado de hacienda, Jourde, refugiado en casa vecina á los escombros humeantes de la Caja de depósitos y consignaciones, salió á la calle dando de manos á boca con dos agentes de la pública seguridad.

—¿Sois el ciudadano Jourde?

—No, respondió este con gran serenidad. Me llamo Roux. Soy conocido en todo mi barrio. Llevadme á la alcaldía del séptimo distrito, y allí veremos á Mr. Hortus, amo de mi casa de huéspedes y él me reconocerá y servirá para identificar mi persona.

Llevaronlo á la calle de Grenelle, y lo introdujeron en el gabinete de Hortus.

—Buenos días, señor Hortus, dijo Jourde al presentarse. Estos agentes me molestan, ignorando que soy Roux, vuestro antiguo discípulo.

—No, no sois Roux, exclamó el adjunto palideciendo, endurecido por la crueldad que se respiraba entonces en los aires. Sois Jourde, y jamás habeis estado en mi casa.

—Me habeis perdido, le dijo Jourde. Tengo mujer, tengo madre.

El adjunto lo encerró en el cuerpo de guardias de la alcaldía, lo denunció al mariscal Mac-Mahon. Crueldad horrible que debía perderle á él mismo, porque á los pocos días, al renacer la humanidad en su seno, y sentirse acusador de un hombre próximo á ser fusilado, se murió de remordimiento y de pena.

Pascual Grousset pertenecía al número de esas gentes que no descansan cuando dejan de llamar la atención sobre sus personas. Todo el mundo recuerda el papel que representó en el proceso del príncipe Bonaparte. Al firmarse la paz, publicó la siguiente alocución: «precisa un signo exterior al dolor nacional, á nuestra cólera un recuerdo permanente: que todas las francesas vistan de duelo á causa de la venta de los departamentos cedidos á los bárbaros por las fracciones

monárquicas, y lo lleven hasta el día que los hombres hayan rehecho la patria y vengado la revolución.» Cuando llegaron las vísperas del Juicio final, del día de los combates, publicó un manifiesto, diciendo que si alguno desertaba de su puesto, él sólo sería capaz de matarlo. Sin embargo, Grousset lo abandonó. Refugióse en casa de la señorita Accar, donde le encontró la policía disfrazado de mujer, con miriñaque, corsé y moño. Al conducirlo á uno de los puestos militares, fué necesario custodiarle para que no le arrastrara el pueblo.

Todos estos horrores se explican por la exaltación de aquellos extraordinarios y supremos instantes. Veíanse los seres más débiles convertidos en seres heroicos. Las mujeres, no ya de baja extracción sino de clases acomodadas, lindas de rostro, envueltas en seda, bajaban á las calles y disparaban sobre los soldados diciendo, si eran presas, fusiladnos inmediatamente. Una de ellas sorprendida en la misma ventana donde estaba haciendo fuego, y como la maniataran para llevarla á Versalles, exclamó: «Ahorrádmelo el viaje.» Un peluquero de Monroux cargó su fusil de piston y salió á la calle para tomar parte en el combate. Encontró al pronto un capitán acompañado de un sargento y les disparó su arma. Cayó el sargento exánime y apenas había caído, cuando rodean al matador que estaba de nuevo cargando, ¿qué hacéis? le preguntaron los soldados.

—Maté á ese sargento y se me había escapado el capitán; cargo para matarle.

—Fusiladlo, fusiladlo.

Entonces sacó el reloj, se lo entregó á su mujer que estaba presente, le dijo á su pequeño, que lloraba á sus piés, acuérdate de tu padre, véngame; y cayó fusilado.

Un comunero del centro de París es conducido al cercano puesto militar donde funcionaban los consejos de guerra. Su mujer en la exaltación de su dolor le dice: yo te vengaré. Inmediatamente, sin conducirlo á los

consejos de guerra lo fusilan á él, y luego suben á la habitación y la fusilan á ella.

Las ejecuciones, decía el corresponsal del *Times*, han sido espantosas. Sólo á las orillas del río se han fusilado dos mil personas. Por las pendientes de los barrios altos se ven desigualdades en el terreno: son tumbas. En el lugar de las ejecuciones no se enterraban los cadáveres para que pudieran verlos antes de morir las nuevas víctimas. Una petrolera llevaba tierna criatura de pecho al ser fusilada. La infeliz tiende los brazos para que alguien recoja, algún ser humano entre tantas machedumbres, al fruto de sus amores, inocente de sus crímenes. Nadie lo recoge, nadie se apiada de aquella madre y de aquella criatura. Al contrario, matadlos, gritan; y las dos caen muertas. Hé aquí el relato que traía el *Diario de los Debates* por aquellos días de los procedimientos usuales en los Consejos de guerra. Apenas es creíble tanta crueldad.

«Desde la mañana del domingo veintiocho un cordón de gentes se forma delante del teatro del Chatelet. Allí se ha constituido un consejo de guerra. De tiempo en tiempo se ve salir una banda de quince á veinte individuos, compuesta de guardias nacionales, de paisanos, de mujeres y niños de quince á diez y seis años, cogidos con las armas en la mano, ó cuya participación activa en la insurrección armada, estaba claramente demostrada por señales inequívocas. Estos individuos eran condenados á muerte. Marchaban de dos en dos escoltados por un batallón de cazadores de á pié. Una escuadra de cazadores abría y cerraba la marcha. Este cortejo seguía el cuartel de Gesons y penetraba en el cuartel de la plaza Lobau.

»Un minuto después se oía retumbar dentro el fuego del pelotón y las descargas sucesivas. Era la sentencia del consejo de guerra que acababa de cumplirse.»

«El destacamento de cazadores volvía al Chatelet en busca de otros condenados. La

multitud parecía vivamente impresionada al escuchar aquellas descargas.»

«En el teatro de Chatelet, añadía Catulle Méndez, en su obra sobre la Comunidad, se ha constituido un consejo de guerra. Se conduce allí á los federados, por veintenas los condenan; los llevan á la plaza con las manos atadas por detrás de las espaldas. Allí les dicen: «Volveos.»

«A cien pasos del lugar hay una ametralladora: caen de veinte en veinte. ¡Método expeditivo! En un patio de la calle de Saint Denis hay una cuadra llena de cadáveres: he visto esto con mis propios ojos.»

La *Independencia Belga* traza en estas lacónicas frases aquel horrible cuadro:

«En el jardín de Luxemburgo, en el parque de Monceaux, en la torre Saint Jacques, se abrieron inmensas fosas donde se ponía cal viva: los insurrectos, hombres y mujeres, eran conducidos allí: hacían fuego los pelotones; una nube de humo se levantaba... la fosa y la cal se entreabrían y tornaban á cerrarse bajo su presa.»

«Cerca de tres mil comuneros, dice Lissagaray, cogidos en la noche del 27 en el padre Lachaise, fueron arrastrados á la prisión de la Roquette. Ninguno salió de allí. Desde el amanecer hasta las cuatro de la tarde se oyeron desde fuera continuas explosiones. Durante una hora, mezclado entre la multitud yo escuché delante de la puerta. El ruido que se oía no era siempre de la fusilería: se distinguía muy claramente el estampido de las ametralladoras. Se ejecutaba á los prisioneros por manadas de cincuenta y de cien hombres. Los pelotones de ejecución estaban derrengados de fatiga y apuntaban mal; los oficiales, por humanidad, habían hecho avanzar las ametralladoras. El interrogatorio se reducía á un desfile por delante del Consejo, porque todos los prisioneros hechos en el cementerio, estaban destinados á la muerte y los habían separado como á carneros.»

Véase lo que decía *Le Soir*, periódico mi-

B.

nisterial, y por sus palabras se juzgará lo que debía ser el campamento de Satory, aquel campo de matanza:

«Sabemos que muchos diputados que han visitado el campamento de Satory, se han conmovido al ver el lastimoso estado en que se hallan los presos allí reunidos. A consecuencia del considerable número de estos desgraciados y del reducido local que tienen á su disposición, miles de prisioneros viven á la intemperie, expuestos día y noche al viento, al sol y á la lluvia, sin tener otro lecho donde reposar que la tierra húmeda y fangosa. El alimento que se les distribuye se reduce á una escasa ración de pan, y ni aun se les da la cantidad de agua necesaria para apagar la sed. La mayor parte de ellos, entre los que se cuentan mujeres y niños, están cubiertos de harapos.

»Si todos los prisioneros que se hallan en Satory fueran culpables, no sabemos si tendríamos valor, en presencia de los abominables crímenes cometidos en París, de levantar la voz en su favor. Pero, ya lo hemos dicho, y el hecho ha sido probado; hay entre ellos un gran número de inocentes, presos por equivocación, en medio del desorden.»

Terminaremos esta horrible reseña con estas otras líneas del *Siecle* en que se ocupa del mismo asunto:

«A eso de las cuatro de la mañana ha ocurrido una nueva sublevación entre los prisioneros de Satory. La autoridad militar mandó en el acto hacer disparos de ametralladora sobre los insurrectos, y el número de muertos y heridos es numeroso. A pesar de esto, unos sesenta presos lograron evadirse. La gendarmería salió en su persecución por los bosques de los alrededores. A las doce nuevas escuadras de gendarmes á caballo salieron á galope por diferentes caminos.»

«Se asegura que de los detenidos de Satory mueren gran número cada día de congestiones cerebrales y también de frío. Esto se explica, por hallarse amontonados en un gran